



Una recicladora chilena DE TALLA MUNDIAL

A la par que ha ido creciendo la conciencia por cuidar el medioambiente, Soledad Mella, nacida y criada en Lo Hermida, pasó de ser una madre que para subsistir hurgueteaba los tachos de basura rescatando ropa y juguetes viejos que vendía en la feria, a hablar en la Asamblea de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente en representación de los recicladores del mundo. Aquí, ella cuenta su recorrido y su historia.

POR MURIEL ALARCÓN

La lluvia no había parado en horas. El caudal del río Mapocho era una masa gruesa de basura domiciliaria. Plásticos, sillones, neumáticos, hasta lavadoras y microondas formaron verdaderos diques, inundando zonas específicas. El pasado 23 de junio, se sacaron más de 880 toneladas de basura del río cerca de El Noviciado, en Pudahuel, donde se salió de su cauce.

Mientras las imágenes de escombros se viralizaban, Soledad Mella pensó en cuántas toneladas se podrían haber reutilizado. Se sintió triste. “La gente sigue con la lógica de consumir, botar y no darle un valor agregado al residuo”, dice. “Es no entender que contaminar un río es contaminar el agua que vas a consumir”.

Soledad Mella, 52 años, es la presidenta de la Asociación Nacional de Recicladores de Base en Chile (Anarch), la agrupación más importante de los también llamados “cartoneros”, quienes recolectan y clasifican material reciclable domiciliario de la calle —vidrio, plástico, cartón y papel— en un carrito, triciclo o camión pequeño, antes de que lo retiren camiones recolectores de basura. Lo revenden a empresas recuperadoras, intermediarios y centros de reciclaje. Su acción evita que kilos y toneladas de basura terminen enterrados en vertederos, incinerados o en el mar o el río, emitiendo gases de efecto invernadero.

Anarch se formó en 2019, tiene 5 mil miembros inscritos y el 60% son mujeres. No tienen educación profesional, son de sectores marginales de la ciudad y la mayoría debería estar jubilada: sus edades oscilan entre los 50 y 70 años. El primer registro nacional de recicladores que se hizo en Chile, a cargo de la Fundación Ciudad Posible, mostró en 2021 que el 30% iniciaba la actividad por lo difícil que era encontrar trabajo y el 77% porque era jefe de hogar.

Los recicladores han habitado la ciudad por décadas, coordinando con comunidades rutas y horarios para retirar sus residuos. Aunque su trabajo siempre ha sido informal, los últimos años, municipios y privados los incorporaron a sus filas, debido al creciente problema de la basura. Según el Ministerio del Medio Ambiente, de los 20 millones de toneladas de residuos que se generan, el 40% es de origen municipal o domiciliario. De ese total, el 10% es reciclado y alrededor de un 60% por parte de los recicladores.

Días atrás, la Ley de Responsabilidad Extendida del Productor (REP), que exige a fabricantes organizar y financiar la gestión de sus desechos, los hizo parte del sistema formal de gestión de residuos, hoy a cargo de corporaciones como Resimple y Girorecicla. “Es la primera vez que una ley nos menciona”, dice Soledad Mella.

A partir de este mes, una vez que pasen por un proceso de certificación oficial, los recicladores deberán integrar la mitad de los puntos de recepción y acopio de residuos, como administradores, operarios o recolectores.

Si hoy la venta de residuos es por volumen industrial y por un precio excesivamente bajo —por ejemplo, el valor del cartón se transa en 15 pesos por kilo—, a los recicladores ya no solo se les pagará por el material, sino también por su servicio.

“Por primera vez somos visibilizados”, agrega Soledad. “Antes éramos clandestinos, perseguidos y reprimidos por los carabineros”.

Se les llama “recicladores de base” porque es una forma de identificar de dónde vienen. “Decidimos salir a la calle buscando una vida. Nos inventamos esta forma de trabajar”, dice Soledad

Mella. “Venimos de la miseria, del sacrificio, del dolor. Muchos son drogadictos, tienen antecedentes penales. (Para los que tienen) papeles manchados, el reciclaje es una alternativa”.

Según Mella, se cree que los recicladores son altruistas. “Pero somos gente súper pobre, sin capacidad de ser altruista. También se piensa que tenemos una conciencia ambientalista, pero tampoco la tenemos. Hoy sí entendemos la importancia del reciclaje, de nuestra labor, y queremos agregarle a lo que hacemos, pero no porque amemos al planeta. No partió así nuestra historia. Partió porque teníamos familia y teníamos hambre, teníamos deudas y teníamos que hacernos cargo de nuestras casas”.

Nacida y criada en la población Lo Hermida, en Peñalolén, Soledad Mella es la menor de siete hijos de una pareja de mapuches. Su padre se dedicó a la jardinería, trabajó en la construcción, en la carpintería. Era un hombre muy activo, recuerda ella, hasta que se enfermó de hipertensión. Su madre se las rebuscó planchando a pedido, haciendo aseo.

“Verlos trabajar siempre y de forma tan sacrificada me dio herramientas claras de que nada de lo que estaba pasando en mi casa era justo. Partiendo porque todo era escaso. Había que turnarse para comprar zapatos, ropa. Mi papá siempre le dio prioridad a la comida, antes de lo material”, dice Mella y agrega que de ellos aprendió que cualquier trabajo es digno.

Soledad era una madre veinteañera, con tres hijos pequeños, cuando salió por primera vez a la calle a hurguetear en tachos de basura. Lo hizo porque con su marido el dinero no les alcanzaba. De allí rescataba ropa, zapatos, juguetes y cachureos, que transportaba en un coche de guagua. Los vendía sobre un paño en la feria de avenida Grecia con Tobalaba.

“Más por el prejuicio social que por el mismo trabajo, la gente te mira mal. Yo igual era una lola y mi sueño había sido ser profesional”. Cuenta que le habría gustado estudiar trabajo social, pero las cosas se dieron de forma distinta.

Con el tiempo fue encontrando otro tipo de residuos, como el vidrio, que se pagaba bien. Y supo que podía conseguir financiamiento en municipios y postular a capitales. Gracias a eso mejoró su sistema de transporte: pasó del coche a un carro de supermercado, después a un triciclo y luego a una flota de cuatro triciclos, incluido uno eléctrico que manejaba su hijo mayor, que empezó a trabajar con ella. Recolectaban juntos, se acompañaban en la ruta, retiraban basura de los edificios.

Por ese tiempo fue invitada por la Fundación de las Familias, dependiente del Ministerio de Desarrollo Social y Familia, a ser parte de un proyecto para mujeres auspiciado por la empresa de economía circular TriCiclos. Consistía en implementar puntos limpios en su población. Así confluyó su vocación de dirigencia social y su oficio como recolectora.

“Me explotó la cabeza. Primero vi una oportunidad de trabajo y de negocio, pero luego un terrible problema que teníamos como humanidad. Los residuos eran dañinos, iban a causarnos un daño medioambiental irreparable”, relata.

Tras la experiencia, le pidieron que administrara un punto limpio en Lo Hermida. No solo debía hacerse cargo del reciclaje, también debía enseñar. “Era educar a una comunidad pobre, con baja cultura”, dice.

Para eso, recibió talleres sobre la importancia del plástico, la capacidad de degradación de los metales, el cartón y el papel. También aprendió que podría aumentar sus ganancias cuando vio el valor que conseguía con las latas y PET, el material más usado para elaborar botellas de plástico. Cuenta que sus jornadas se volvieron intensas: partía trabajando a las 9 de la mañana y terminaba a las 11 de la noche. Pero lo hacía con gusto. Juntó plata, buscó apoyo y se compró una camioneta.

“Aprendí que lo que hacía tenía un valor. Instalé en mi cabeza

“Antes éramos clandestinos, perseguidos y reprimidos por los carabineros”, dice Mella. Hoy la Ley de Responsabilidad Extendida del Productor hizo parte a los recicladores de base del sistema formal de residuos.

‘el cobro por servicio’. Al principio fue difícil que pagaran, pero se fue instalando de a poco”.

A esa altura, Soledad fue invitada a administrar nuevos puntos limpios en Macul y Renca.

Y sumó a sus filas a su marido y a sus hijos, creando su propio emprendimiento. Lo llamó Peuma reciclaje, con el que empezó a prestar servicios de reciclaje a oficinas y empresas. “Peuma porque en mapudungun significa sueños. Este era mi sueño”, dice.

En 2015 Soledad Mella se subió por primera vez a un avión. Lo hizo nerviosa pero entusiasmada. El destino era Iquique, donde participó en un encuentro nacional financiado por distintas fundaciones dedicadas al tema. Ahí se enteró de que los recicladores en Chile estaban organizados y conoció a Exequiel Estay, un cartonero iquiqueño que lideraba el Movimiento Nacional de Recicladores —la versión previa a la Anarch—. Al terminar el viaje lo supo: “Quería ser parte de la dirigencia del movimiento. Fue como una proyección”.

En 2016 se promulgó en Chile la Ley REP, que incorporó una certificación a los recicladores de base. Entre ellos, empezaron a instruirse en la ley, para asegurarse de que no se los excluyera.

Exequiel Estay empezó a invitar a Soledad a distintos encuentros, luego se hicieron camaradas y ella se convirtió en la secretaria del movimiento. La primera misión que le fue encomendada fue en Sudáfrica, para una Asamblea de Wiego, una organización que vela por los derechos de mujeres en el empleo informal. Mella nunca había tenido pasaporte, no hablaba inglés, pero la organización costeara todo, incluido intérpretes. “Me di cuenta que también había recicladores en el mundo”, dice.

Fue el primero de muchos viajes. Hace un tiempo, Soledad integró la secretaria de comunicaciones de la Red Latinoamericana de Recicladores (Red Lacre), que representa a 18 países de América Latina, y también la Alianza Global de Recicladores. Ha estado en países como Brasil, Costa Rica, Panamá, Ecuador, Argentina, Colombia, Francia.

Mientras se afiataba a esta red mundial, Estay sugirió transformar su movimiento en Chile en agrupación. Esta figura le permitiría tener un papel más activo en la ley, respaldar acciones de grupo, luchar por incluir a los recicladores en las políticas públicas. Pero Estay no alcanzó a ver los frutos de su trabajo porque falleció de un cáncer a principios de 2020. Mella asumió como presidenta de la Anarch, porque así lo mandó él en los estatutos.

“Fue un golpe único”, dice sobre su muerte. “Él siempre dirigió esto casi solo y asumir un movimiento que estaba completamente desarticulado fue una tarea titánica, y un desafío aún más grande que los compañeros volvieran a confiar”.

Hace tres años, Soledad Mella salió de Lo Hermida para instalarse en Santa Cruz, Sexta Región, pero es poco el tiempo que pasa ahí porque viaja mucho para asistir a reuniones con el Gobierno y los privados para visibilizar el lugar de los recicladores en la discusión de la ley. “Hoy tenemos que entrar a todos los municipios para negociar y convencer que sin recicladores no les va a funcionar el sistema de gestión de residuos de sus comunas. Así, el día de mañana, cuando esto empiece a moverse más rápido, los recicladores estarán garantizados y asegurados dentro del proceso”, asegura.

Para los recicladores, Soledad es la responsable de las conquistas más importantes del gremio. Luisa Jaque, tesorera de la organización y recicladora hace 22 años, destaca el liderazgo de Mella: “Nos valora a cada una. Siempre nos está diciendo: ‘ustedes pueden más, son capaces, no se agarren tanto de mis faldas porque ustedes también pueden’”, dice.

Mella busca desde su agrupación que la Ley REP en Chile sea un modelo que se lo pueda reproducir a nivel global. “En el Tratado de Plástico de la ONU están buscando instrumentos que sean replicables y de transición justa. Ese modelo lo estamos armando aquí en Chile y es la única ley en el mundo que tiene a los recicladores dentro de la misma ley”, dice. “Y si demostramos que el reciclaje sin recicladores es basura, (será) un modelo exitoso. Un modelo que puede (significar) un cambio de paradigma no solo para el país, sino que para muchos países donde se nivela la vida de los seres humanos por su condición de clase o por su condición de vida”.

Por estos días, el Ministerio del Medio Ambiente llama a los recicladores a certificarse. A la fecha hay cerca de 3.000 certificados. Una de ellas es la mapuche Yessita Antinao, hace 20 años recicladora. Pasó de recuperar desechos en un vertedero en Temuco a administrar un punto limpio en Independencia. Con la certificación, Antinao ha accedido a las condiciones laborales de un funcionario público. “Antes ni siquiera teníamos nombre”, dice ella. Su punto limpio recicla 1.300 toneladas de residuos al año. “Siempre hemos querido tener nuestra camiseta, que diga que somos recicladoras, porque no, no andamos robando”, dice Miriam Cabrera, otra recicladora, con 25 años de oficio.

Si bien la ley es una victoria para todas, la lucha para Mella no acaba aquí.

A pesar de que la Ley REP les asegura cupos en los puntos de recepción y acopio, según Anarch son insuficientes y solo pueden emplear al 1% que han contado en comunas. La certificación tampoco es exclusiva para recicladores. Es abierta y “debería haber sido solo para recicladores, porque lo que viene a hacer es reconocer nuestro profesionalismo en la gestión de residuos. Pero ahora hay un negocio, muchos que se están certificando por tener un diploma más”, agrega la recicladora Luisa Jaque.

Soledad Mella ha convocado a marchas, organizado encuentros, y en un petitorio al Congreso solicitó “un proceso de transición justo y obligatorio que nos permita ser competitivos al lado de grandes sectores”, añade. “Queremos camiones para hacer la logística (para el reciclaje domiciliario), porque el conocimiento y el recurso humano lo tenemos”, dice.

Mella no va a ceder. Confía en su poder de convocatoria. Además, a propósito de la ley, hoy los recicladores cuentan con 16 cooperativas en el país, que reúnen a unos 150 recicladores. La tesorera de Anarch, Luisa Jaque, espera tener 25 a fin de año.

El año pasado, Soledad viajó a Nairobi, Kenia, para hablar en representación de los recicladores del mundo en la Asamblea de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Se propuso explicar por qué era importante que se reconociera el papel de recicladores en la solución a la contaminación por plásticos.

Estaba nerviosa. Acudía al *afadin*, el grito mapuche que usa en ceremonias solemnes. Invocaba al *nepen*, que representa la fuerza para su etnia. Pensaba que no era cualquier escenario, era un podio global y estaban ahí todos los poderes del mundo. Recordó a su familia, a su padre fallecido. “Me dije: ‘gracias, papito, dame la fuerza para no temblar, no quebrarme’. Las emociones eran muchas. Pero no quería llorar en ese lugar porque quería que vieran a una recicladora fuerte, que representa a los más de veinte millones de recicladores del mundo”. Mella se sacó la mascarilla y comenzó su discurso diciendo: “Los recicladores debemos ser reconocidos como el primer eslabón de esta cadena medioambiental”. S

Este artículo fue apoyado por LatinClima, la AECID y el CCT por medio de “Historias que cuentan cambios”.